

Editorial

Esta vez, nos convocan para nuestra revista, los temas de la infancia que habitan los consultorios psicoanalíticos y ocupan el pensar y el investigar de los analistas.

Las cuestiones clínicas de la infancia confirman la recuperación del niño como objeto del psicoanálisis al asignarle a la condición infantil el reconocimiento de un lugar propio y no sólo resignificado desde la adultez.

Los casos clínicos interrogan porque estimulan, debaten y sorprenden. Se transforman en necesidad de transmitir y dejar testimonio de la experiencia. Su consecuencia es la producción escrita de analistas trabajando historias de infancia.

Los artículos que aquí presentamos, quiebran la causalidad lineal y se sumergen en la eficacia de la complejidad psíquica propia de cada subjetividad.

En el encuentro entre el analista y el paciente-niño se despliegan las múltiples transformaciones que acontecen en el proceso transferencial.

Los cambios minuto a minuto en la transferencia develan ansiedades, sentimientos, defensas, dramas. Una observación minuciosa les dará un nuevo significado.

¿Y qué es en esencia la clínica de niños? Juego, acción, dibujo y palabra, transposición simbólica del conflicto en su camino elaborativo, no exento de regresiones y vaivenes.

El *juego* es una imagen virtual de la experiencia de la vida vivida. Su finalidad es conocer, reparar, comprender y desarrollar aspectos de la persona y su relación con los demás y con el mundo: la vida sentida. Pero puede ser compulsión a la repetición, alusión a trauma, fragilidad, desamparo e impotencia, en cuyo caso es tarea del

analista y de su contratransferencia proveer figurabilidad y transitar con su paciente el camino abierto desde el más allá a la elaboración.

Los *dibujos* en sesión se convierten en comunicaciones secretas, silenciosas; un código compartido que deviene exploratorio del cuerpo, la sexualidad, la agresión y el mundo con los otros. El niño tiene la posibilidad de agregar otras formas a lo ya plasmado en la hoja de papel otorgándole nuevos sentidos. De esta manera, los dibujos tienen algo de mágico.

Las *acciones* del niño, del analista, del niño con el analista, del niño-en-el-analista, generan un texto con un sentido a ser relatado. Acciones, *actings*, puestas en acto, *enactment*, *actualisation* son distintas conceptualizaciones para comprender lo que sucede en el terreno de la transferencia y contratransferencia.

¿Y cuántas veces los analistas se encuentran en una situación dilemática transitando como criaturas de frontera un borde siempre impreciso y provisorio para sostener el equilibrio entre el trabajo con los fantasmas del mundo interno y los problemas de la realidad externa?

¿Y cuántas otras veces en el análisis de adultos no se ha prestado suficiente atención a los hijos de los pacientes como objetos actuales de odio y deseos sexuales inconscientes? Estos-niños-hechos-padres proyectan y externalizan muchos remanentes inconscientes sobre sus hijos. Su autoridad les permite *enactments* con ellos, muchos de los cuales son dañinos para el desarrollo psíquico del niño.

Finalmente, la *palabra*, fuente de incertidumbre y resistencia, va y viene en la sesión psicoanalítica. En la teorización de la infancia, tiene otro estatuto: el niño pequeño pone sobre el tapete los límites del poder del discurso. La palabra circula entre un niño en el que el discurso no es aún constitutivo y el analista quien hace hablar al lenguaje lo que aún no tiene lenguaje en el niño. Es el analista quien deberá apelar más que nunca, para decir de lo no decible, a símiles, metáforas, alegorías.

Cuando hoy se celebra el desarraigo de la subjetividad –la visión de un mundo en el que no habría trauma ni estrés alguno: promesa de goce o *jouissance* pleno, consumado, ilimitado– el juego, la acción, el dibujo y la palabra, como coordenadas de la clínica de la infancia y parte de la complejidad de los temas que abordan los autores en esta revista, privilegian el pensar, la imaginación, el dolor y la finitud como condición de lo humano.

Comité Editor